

EL LIBRO COMO PARTE DE NOSOTROS

Ricardo Gil Otaiza¹

Las diferencias entre el idioma hablado o escrito y los otros –plásticos o musicales– son muy profundas, pero no tanto que nos hagan olvidar que todos son, esencialmente, lenguaje: sistemas expresivos dotados de poder significativo y comunicativo.

*El arco y la lira*². Octavio Paz

Mi bagaje ahora mismo son las dudas. Con cada libro vuelvo al punto de partida y al corazón agitado de todas las primeras veces. Escribir es intentar descubrir lo que escribiríamos si escribiésemos, así lo expresa Marguerite Duras, pasando del infinitivo al condicional y luego al subjuntivo, como si sintiese el suelo resquebrajarse bajo sus pies.

*El infinito en un junco*³. Irene Vallejo

¹ El autor es Profesor Titular (J) de la Universidad de Los Andes (Mérida-Venezuela), autor de 36 libros en distintos géneros literarios, Miembro Correspondiente Nacional de la Academia Venezolana de la Lengua, Individuo de Número Sillón 5 de la Academia de Mérida, columnista de El Universal.

² Paz, O. (1998). *El arco y la lira*. México D.F. (México): Fondo de Cultura Económica.

³ Vallejo, I. (2021). *El infinito en un junco*. Madrid (España): Siruela.

Resumen

En el siguiente ensayo se presenta, a modo de reflexión crítica, la esencialidad del libro como bien cultural, que trasciende los linderos del tiempo y del espacio para hacerse parte sustantiva en la vida de todos. En los diversos apartados podemos acercarnos a la escritura como memoria de la humanidad, a la complejidad del proceso de escritura, al disfrute sensorial y el placer del libro, y cómo se erige a su vez en camino de autorrealización. Cierra el texto con el impacto del libro impreso a escala planetaria en el mundo contemporáneo, lo que echa por tierra la tesis de su desaparición frente a las arremetidas del libro electrónico en sus distintas modalidades y soportes.

Palabras clave: El arte de la escritura, Libro impreso, Galaxia Gutenberg, Memoria histórica, Hominización, La palabra escrita, El placer del libro, El lector, El libro y su impacto global.

THE BOOK AS PART OF US

Abstract

The following essay presents, as a critical reflection, the essentiality of the book as a cultural asset, which transcends the boundaries of time and space to become a substantive part of everyone's life. In the various sections we can approach writing as a memory of humanity, the complexity of the writing process, the sensory enjoyment and pleasure of the book, and how it stands in turn on the path of self-realization. The text closes with the impact of the printed book on a planetary scale in the contemporary world, which demolishes the thesis of its disappearance in the face of the onslaught of the electronic book in its different modalities and supports.

1. Escritura y memoria histórica

La escritura se pierde en los meandros de la mente humana, en los que anidan sueños y deseos, para constituirse en una forma de expresión cuyas aristas traen consigo inusitados impactos teleológicos. Sin embargo, la escritura no sólo es expresión de la mente humana, sino que se yergue a partir de la propia medianía del Ser para erigirse en arte, en bella expresión; en murmullo sublime de lo que acontece en los límites de lo sagrado y lo meramente terrenal. La escritura se posiciona de quien se hace a la vez su dueño, y entre ambos se establece lentamente una relación compleja, que busca por la fuerza del encuentro —rayano en el incesto— una interpelación permanente para hacerse eterna y única.

Quien escribe se sabe presa de “fuerzas” que van más allá de su propio cognoscente, y se deja arrastrar por la corriente hasta hacerse único y diverso. Escritura y autor son pues un binomio antinómico: por un lado la escritura fluye como expresión inacabada de lo humano, y por el otro, es muestra fehaciente de su carácter divino, incomprendido hasta llegar al arte que todo lo justifica (incluso su misma negación). La escritura adquiere así matices diversos, que se abren en múltiples espectros hasta perderse en espléndidos mosaicos de estilos, que la enriquecen y realimentan hasta el infinito. La escritura es arte en el momento preciso en que la realidad se hace inmanente a la esencia divina, y es entonces cuando el salto cualitativo torna imperioso el disfrute de las ideas por la forma —el cómo y el por qué—, para erigirse así en memoria y en olvido.

La escritura es expresión de lo concreto, pero también de la conciencia de lo humano como perennidad y huella. Los linderos entre ambos espectros son difusos, pero perceptibles a través del espíritu. Quien escribe desde el arte eterniza, no sólo momentos y fantasías (como piensan ilusamente los críticos profesionales y muchos escritores), sino sobre todo la escritura como escritura

(el arte por el arte mismo). Derivar la belleza de una prosa estupenda a sólo técnica y ejercicio literario (como quien disecciona un cuerpo para su análisis anatómico), implica la negación del “absoluto” como momento de éxtasis y estupefacción ante lo incomprensible (o inasible por los sentidos). Es equivalente a pensar que los humanos somos sólo la expresión in-acabada de órganos y sistemas sin interconexión alguna entre ellos, y sobre todo con el universo. Mero materialismo cartesiano y científicista.

Escribir se torna en muestra de lo humano y lo divino. La palabra escrita y lo sagrado han sido desde antiguo parte y todo de un mismo proceso civilizatorio, y —por qué no— genésico; de allí su poder e importancia. Quien injuria la escritura de lo sagrado sabe muy dentro de sí que busca destruir la expresión de lo divino, y se rebela contra lo establecido, pero hace uso pleno de su libertad de pensamiento y también de creación. La escritura llega a nosotros convertida en palabra (en “palabra santa”), cuyo poder sólo es comparado con mil ejércitos, y los “poderosos” lo saben: y la temen, y la compran, y también la envilecen. Quien “atenta” contra la palabra (sagrada) atenta contra la propia divinidad, y nace así la persecución y el edicto religioso, cuyo caso emblemático, aún en nuestros días, está representado por el escritor indio Salman Rushdie, quien fuera objeto de un lamentable ataque criminal el 23 de octubre de 2022 en el estado de Nueva York, que trajo consigo la pérdida de la visión de un ojo y de la movilidad de una mano, producto de la fetua lanzada contra él por el ayatolá Jomeini, en el ya lejano año de 1989.

La escritura artística nace para hacer más comprensible y llevadera la finitud de lo terreno, al tiempo que se erige en memoria. Escritura y memoria histórica son entonces hijos de un mismo deseo: la inmortalidad, que como voz interior pugna a cada instante —ayer y siempre— para recordarnos los límites de la experiencia humana.

2. Escribir textos

El proceso de la escritura es largo y complejo. Todo, absolutamente todo puede ser contado y llevado al papel, pero cuánto esfuerzo requiere la

producción de una sola cuartilla, de una minúscula página, que un lector devora en cuestión de pocos segundos. Es decir, detrás de un texto —ni se diga de un libro— subyace todo un mundo de trabajo y de horas frente a un computador, que pocas veces nos deja del todo satisfechos. En mi caso particular, llevo siempre el texto en la cabeza desde muchos días antes de escribirlo, pero nunca queda plasmado tal y como lo he soñado. Del cerebro al papel se presentan inmensas brechas difíciles de cerrar, toda vez que se nos hace cuesta arriba patentizar algo que sólo está en nuestro interior, y que a veces no fluye, no se derrama, no se materializa con la fuerza con que lo pensamos. Parafraseando un poco a Monterroso diría: “qué hermosos textos los que he pensado y qué tristes los que he conseguido”.

Pero, tampoco eso es malo. El ser humano siempre está tras la perfección, y cuando cree haberla alcanzado, pierde inexorablemente todo lo que ha conseguido. Considerar, pues, que hemos llegado, es una de las torpezas más grandes que podemos cometer. Todo es un fluir, un eterno proceso que nos lleva a un recomenzar cada día. Por eso es delicioso el no lograr la perfección, porque el anhelo de alcanzarla es la fuerza que nos impulsa a intentarlo cada vez otra vez. En la escritura nadie tiene la última palabra. Cuando abordamos la página, es como si fuera la primera vez; es por ello que sentimos la inseguridad de lo no acabado cuando hacemos entrega del texto para que sea publicado y leído. De allí también la pesada manía de corregir lo escrito hasta el hastío, cuando estamos conscientes de que en cada corrección reescribimos el texto, y serán otros ojos los que posiblemente hallen nuestras erratas, porque de lo contrario caeremos en un terrible círculo vicioso, que nos descalabrará la tranquilidad y la calma.

Noto prepotencia y autosuficiencia en muchos de nuestros autores. Algunos se creen una maravilla y un portento, y no somos más que meros aprendices de un oficio que no terminamos de aprender jamás. Cuando me he topado con correctores profesionales (por cuyas manos pasan nuestros escritos para que salgan con decencia a la luz pública), lo primero que los asombra es mi actitud de completa apertura ante sus críticas, sugerencias y propuestas

estilísticas, para mejorar el texto. Su asombro parte de la falsa premisa de muchos de nuestros “escritores” de creerse “especialistas” en la lengua (que los hay, pero esa es otra cuestión), y el no permitir por ello que les toquen — ni con los ojos— una coma mal puesta. Es más: muchos escritores se ofenden al extremo de levantarse de la reunión, porque consideran que los comentarios del corrector los humilla y los degrada. En mi caso particular encuentro sabrosa la discusión con un corrector de estilo, porque me enriquece mucho y tal vez algo de mi experiencia le ayude también a superar los normales escollos del duro oficio de corrección. Es decir, muchas veces los aportes del autor y del corrector, son la llave perfecta para dar solución a un párrafo o a una frase no tan feliz dentro de un contexto literario o académico.

Otra tortura para muchos autores son los “árbitros” de los artículos y de los libros. Muchos se infartan cuando un árbitro les destroza con saña un texto académico o literario. Empero, sabemos cómo se manejan muchos arbitrajes y cuáles son los sobrevenidos criterios para aprobar o negar la publicación de un artículo o de un libro. El mayor peso en tal circunstancia es la subjetividad del lector, o de quien aprecia o percibe algo. Es decir, tras cada lectura está todo el peso de nuestros aprendizajes y de nuestra historia personal, y ello precisamente es lo que aflora a la hora de pronunciarnos a favor o en contra de una obra. Es la misma subjetividad que aparece cuando escuchamos una pieza musical o vemos una película, y la que impulsa a muchos a alabar hasta el empalago a la obra en cuestión; y a otros, a denostar de ella como si se tratara de un adfesio, de un bodrio, o de una aberración. En otras palabras: muchas veces cuando un árbitro dice “no” a un texto, no lo está desmontando por sus hipotéticas fallas o vacíos conceptuales, sino que está dejando de manifiesto sus propias debilidades, al no haber captado en su más clara esencia el fin último de lo escrito. De allí la necesaria intervención de pares, de iguales, que podrán en buena medida dirimir, por la vía de las competencias, la pertinencia o no de una obra, aunque aquí aparece un no menos deleznable elemento: los celos o la rivalidad profesional e intelectual.

En todo caso, quien se muestra a través de la escritura deberá tener una gran apertura hacia el mundo. Mirarnos el ombligo a toda hora no creo que sea el mejor camino para el desarrollo intelectual, académico o artístico, sino la vía rápida hacia la frustración. Escribimos para un lector, no para nosotros mismos (aunque muchos, haciendo alarde de hipócritas modestias, digan que sus textos son íntimos y se ruborizan cuando caen en las manos de terceros). Escribir y publicar es desnudarse, ni más ni menos, sólo que el desnudo se eterniza en la página y en la memoria y por más que volvamos a ponernos el ropaje, allí queda el testimonio cruel y descarnado de nuestro “atrevimiento”.

3. El libro, una fiesta

El libro será siempre una celebración; una fiesta. Si bien es un producto reciente de la civilización (finales del siglo XV), por lo menos tal y como lo conocemos, se ha hecho consustancial con lo humano: fundante de *hominización* y, por ende, de cultura. El libro se erige así en caja de resonancia del devenir y la historia, porque conjunta en sus páginas el saber y la creación acumulados por generaciones de pensadores, científicos y escritores: todos en busca de la trascendencia en el tiempo y en el espacio (noción *heideggeriana* del Ser). Al libro como objeto y como bien supremo se le ha desahuciado, se le ha contado los días, no obstante, aquí permanece: impertérrito bajo diversos ropajes, llevando y trayendo impronta intelectual a lo largo y ancho de un mundo diverso en lo cultural. En su delicioso ensayo titulado: *Leer el mundo* (2009) Víctor Bravo plantea que “El lector, tal como lo conocemos, nace con la modernidad; es personaje central de lo que McLuhan ha denominado la “era Gutenberg”⁴ (p. 15). Con la imprenta llega la modernidad y con ella se nos entrega el libro como valor civilizatorio, y se queda para siempre entre nosotros. La noción del desarrollo científico y tecnológico de los últimos cinco siglos, sólo es posible con la presencia del libro como actor fundamental del proceso. Su impronta es emblemática en cuanto a la divulgación del

⁴ Bravo, V. (2009). *Leer el mundo*. Madrid (España): Veintisietelettras.

conocimiento y a la construcción del edificio del método científico, que tantas implicaciones ha traído a la humanidad.

En *El último lector* (2005)⁵ Ricardo Piglia se pregunta a menudo: ¿qué es lector? Interesante pregunta, sin duda, que nos lleva a múltiples elucidaciones. Todo un bagaje de posibilidades nos presenta el exquisito autor, pero una de las que más me ha llamado la atención las cuatro veces que he podido leer la referida obra, expresa: “en Borges, el acto de leer articula lo imaginario y lo real. Mejor sería decir, la lectura construye un espacio entre lo imaginario y lo real, desarma la clásica oposición binaria entre ilusión y realidad”. Imaginación y realidad dirimen sus fronteras cuando el lector se interna en las páginas del libro, cuando los signos impresos o virtuales son decodificados, para hacerse inteligibles ante su conciencia lectora. Independientemente de la naturaleza de la obra escrita, siempre se requerirá ese diálogo que se establece entre el autor y las páginas, entre el “yo” consciente y la inmanencia de la obra en la vida de quien se acerca a ella por razones diversas. El libro es y no es: en manos del lector se relativiza, se hace bruma, se internaliza hasta hacerse pensamiento, idea, anhelo y acción.

El libro nos faculta, nos trasciende, nos incluye en mundos inesperados y sutiles, nos lleva más allá de la realidad para darle *completitud* a las deficiencias de la vida, nos hace más humanos, nos impregna de emociones, nos lleva a conocer territorios ignotos, nos llena de sabiduría, nos puede enloquecer; nos hace posesos de su “realidad”, nos difunde, nos interpela, nos llena de inquietudes e interrogantes, nos relativiza, nos atormenta, nos sumerge en tórridas pasiones amorosas, nos enriquece, nos enseña, nos ausculta, nos obliga a pensar, nos hace reír y llorar, nos hunde en la melancolía, nos nutre de esperanzas, nos acerca a los otros como humanidad, nos interrelaciona, nos inquieta, nos guía en medio de la oscuridad y la incertidumbre, nos conmociona, nos disgusta, nos deleita, nos lleva a la contemplación, nos sublima los sentidos, nos acerca al Infinito, nos hace sentir en compañía, nos consuela en

⁵ Piglia, R. (2005). *El último lector*. Barcelona (España): Anagrama.

momentos difíciles, nos insufla fuerza para seguir viviendo, nos orienta en la adversidad, nos azuza los sentidos, nos eleva a inusitadas cimas...

4. El libro: camino y autorrealización

La escritura en sus distintas expresiones literarias busca interlocutores, veedores, fisgones que se asomen a sus páginas. Si bien el hecho literario es personal y cada autor se reinventa en cada una de sus obras, no es menos cierto que debe mostrarse, exponerse, darse a conocer para que sea un hecho compartido y apreciado por el público que le es natural. Muchos escritores afirman que sus páginas son absolutamente íntimas, vedadas al público, encerradas en una especie de solipsismo que no deja de ser inaudito, habida cuenta de ese gusanito que acontece a los autores (y en general a todos los humanos, independientemente de lo que hagamos) que llamamos ego. En el arte de la escritura el ego es tan connatural como lo es en toda arte, que busca el aplauso (más que el dinero mismo), sólo que el aplauso para que sea posible en lo literario es condición fundamental exponer a la vindicta del público lo que ha emergido de nuestra pluma, lo que busca representar en todo caso la expresión de lo interno, que brota y queda plasmado en una página.

Desde hace ya varios siglos la página literaria busca llegar al libro: a esa hermosa caja de resonancia de nuestro “yo interior” que lleva implícita la noción de lo eterno: del vencimiento del nefasto olvido. Escribir y no poder publicar es equivalente a ser pintor y que su arte no se patentice en una obra que pueda ser mostrada y admirada (o denostada; ¡qué más da!), o ser músico y que a nadie lleguen los acordes (que suenan como campanas a sus propios oídos) por no hallar las maneras de plasmar sus obras en el formato adecuado. En otras palabras: en el campo de lo literario la escritura y el libro (o publicación) son hechos consustanciales, inmanentes, que no se pueden deslindar sin que se tergiverse su sustancia. El libro es por definición el objeto del deseo autoral, el fin último (teleológico dirán los filósofos), el más caro anhelo de quien invierte mucho de su vida (quizás años) en su escritura, para que pueda llegar al lector, que sea recorrido de principio a fin y que se cierre ese círculo

infallible en el que el receptor final es toda medida. Nada más anhela el escritor que su escritura llegue, se patentice ante los ojos del lector, genere en él una reacción, una respuesta, una bidireccionalidad que podría ser a fin de cuentas infierno o paraíso.

La respuesta del lector sí nos importa; y mucho. Si es favorable se erige entonces en placer, en felicidad absoluta. Si es negativa a la obra, pues traerá consigo molestia, rabia, efervescencia y quizás nos ponga a la defensiva. Si es indiferencia, traducida en silencio, en nosotros se agolpa la frustración, el desencanto, el sentimiento de vacío, de vacuidad, y a la larga se podría instalar la amargura. La obra está puesta sobre el papel o en la pantalla para que genere en quien se acerca a ella una respuesta; de allí nuestra búsqueda incesante de interlocutores, de ávidos lectores que hagan de nuestro trabajo (mejor: de nuestro arte) una forma de disfrute, y un camino a la autorrealización al llenar los vacíos propios de la existencia.

5. El placer del libro

Formo parte de la galaxia Gutenberg, me levanté de la mano del libro impreso. Mi generación jamás hubiera imaginado que en un tiempo remoto (es decir, hoy) ese gran compañero que es un libro, cambiaría de formato y se haría fantasmal. El libro electrónico existe y al mismo tiempo no, porque requiere de un armatoste (entiéndase: *Kindle*, Laptop, Tablet, Móvil) para hacerse tangible y “real”. En este sentido, por ser amante de los libros de papel he sido también un ratón de librerías, pero no mucho de bibliotecas, por la sencilla y exclusiva razón de que siempre quise ser el dueño del libro que leía. Esas ansias de propiedad de un bien como el libro, es atávico, y nos llega a su vez de la necesidad que tenemos los humanos de decir “esto es mío” y de marcar los límites.

Si bien he comprado libros usados y tienen su encanto, prefiero los libros de paquete, porque soy muy sensorial: el libro entra por los ojos, por la nariz y por la piel. Huelo los libros, los palpo, los acaricio y los cuido al extremo; tanto al extremo: que luego de muchas lecturas mis ejemplares lucen como

nuevos. Bueno, transijo, la luz, el polvo, los ácaros y los hongos hacen su aquilatado trabajo, a pesar de los cuidados que tenemos los lectores maniáticos como yo. Volviendo a los libros usados, pues no están nada mal: trajinas las páginas que ya otros manosearon y disfrutaron, y eso no es cualquier cosa.

En una librería de viejo hallé casi todos los libros que me faltaban del argentino Ricardo Piglia, cuyo *boom* literario coincidió con la crisis del libro en mi país (bueno, la crisis económica), y sus libros no estuvieron muy disponibles como novedades, y para mi sorpresa hallé en el grupo dos joyas: *Formas breves*⁶ y *Prisión perpetua*⁷. El primero estaba subrayado (nunca me había pasado) y fue interesante poder cotejar mis intereses literarios e intelectuales con los del anterior lector (o anteriores, qué sé yo) y, por supuesto, como en mí sucede con frecuencia, rebelde como soy, no coincidieron. Lo que ese hipotético lector subrayó como importante, pues para mí no lo era, o no quise admitirlo. Y créanme, eso me entusiasmó. Fue algo así como una dialógica con un ser inasible y etéreo, y eso tiene, déjenme decirles, su atractivo. Y si a esto aunamos la normal dialógica con el autor, pues ya me dirán que mi lectura fue como una suerte de tribunal, en el que comparecían varias personas encontradas en visiones e intereses.

No me gusta leer libros electrónicos porque no siento el mismo placer que con los de papel, y además me fatigan la vista. Sí, lo sé, hay dispositivos como los denominados *Kindles*, que posibilitan aumentar el tamaño de los caracteres y la pantalla es antirreflejo. Pero, amigos, permítanme defender al libro de papel por formar parte de mi “educación sentimental” (para decirlo con palabras de Flaubert), por estar en el planeta muchos siglos antes de que yo arribara a este mundo, porque aprendí a leer y a escribir en ellos y se internalizaron de tal manera en mi ser, que a esta edad (no tan propecta, no se crean) es difícil que traicione mi propia esencia como humano. La palabra escrita e impresa me alimentó tanto o más que la propia comida: me entregó un

⁶ Piglia, R. (2005). *Formas breves*. Buenos Aires (Argentina): Anagrama.

⁷ Piglia, R. ((2007). *Prisión perpetua*. Buenos Aires (Argentina): Anagrama.

sustento tan poderoso y vital, que se erigió en eje de mi actuar en todo contexto, y le dio sentido y luz a mis días más oscuros.

Cuando irrumpió el libro electrónico los cálculos agoreros no le daban al libro de papel muchos años de vida. Sin embargo, hoy, luego de varias décadas de tal suceso, el formato impreso luce todavía robusto. Los tirajes del mundo editorial en la actualidad son impresionantes, y según algunos “expertos” (aunque los expertos somos los lectores, debo decirlo) hoy se venden más libros de papel que en otros tiempos. Claro, me dirán que la población ha aumentado, y es cierto, pero la verdad es que debo reivindicar a la mujer como abanderada de las estadísticas con respecto a la lectura, pero también en muchas otras aristas del proceso que tiene una secuencia lógica: escriben más, publican más, y han colmado (para mi alegría) todos los espacios culturales que hasta hace pocas décadas eran enclaves masculinos. Para decirlo con otras palabras: yo, Ricardo Gil Otaiza, amante del libro impreso, debo agradecer a la mujer por haber echado por tierra tantas malas predicciones del libro tal y como lo conocemos desde hace siglos.

Pero no puedo cantar victoria. El libro electrónico en sus distintos formatos (PDF, ePub, iBook, HTML, TXT, Mobipocket, etc.) ha crecido en el mercado, casi en paralelo con el libro impreso. Las generaciones de nuestros hijos y nietos se mueven en el mundo virtual-digital-fantasmal de las nuevas tecnologías, y poca atención les prestan a nuestros amados libros de papel. Es más, muchos de nuestros muchachos ven a las tradicionales bibliotecas de anaqueles como dinosaurios, y no es raro saber cómo muchos legados de grandes bibliotecas de personajes idos de este mundo, son malvendidos en el mercado negro por cantidades irrisorias. Claro, esos libros pasan a formar parte del inventario de las librerías de viejo (que pululan), y los venden a precios astronómicos (por encima de las tasas del mercado internacional: esa es la experiencia en esta ciudad).

Supongo que las cargas se moverán en un futuro no muy lejano, y habrá una “convivencia” desigual entre lo impreso y lo digital (con desventaja para

el primero); pero deseo creer, como Umberto Eco, que nadie acabará con la herencia de Gutenberg⁸.

6. El libro y su impronta global

El libro es el bien que más impacto ha causado en la historia de la humanidad. Muchos me dirán que es la rueda el más relevante, y no les quito razón, solo que el libro echó andar un cambio tan profundo y significativo en la conciencia del hombre y de la mujer en el devenir de los tiempos, que su impronta está aún por determinarse. El libro es poder porque la escritura y el conocimiento lo son también. En la mitología griega se nos cuenta que fue el rey Cadmo de Tebas (hijo de Agenor, Rey de Tiro y de Telefasa, llamada también Argíoipe), quien enseñó a los griegos el arte de la escritura. Pero la cuestión no se quedó allí. La siembra de las letras por parte del rey Cadmo trajo como consecuencia el nacimiento de hombres armados. A partir de entonces se asocia a la escritura con las armas, ya que su poder es equiparable, y muchas veces superior, de allí que tanto se le tema.

Como bien cultural el libro no corre peligro de extinción, solo que los portentos tecnológicos han traído como consecuencia cambios profundos en su forma, para arrastrarlo a los linderos de una virtualidad que a los hijos de la era Gutenberg (entre quienes me incluyo con fuerza e ímpetu), no nos convence del todo. El libro es escritura y la escritura es memoria, lo que connota una importancia que va más allá de la propia industria del libro y de sus cultores, para internarse en los territorios de la conciencia planetaria, que busca legar a las sucesivas generaciones historia y civilidad. El libro eterniza la palabra, porque la trasciende; porque busca ir más allá de la oralidad. Es más, con el libro la oralidad se transforma en antesala, en preámbulo, en mero artilugio que se diluye de boca en boca hasta convertirse en eco, en resonancia y abstracción. “Si el hombre de la oralidad (nos dice Víctor Bravo en su ya

⁸ Eco, U, Carrière, JC. (2010). *Nadie acabará con los libros*. Bogotá (Colombia): Lumen.

citado *Leer el mundo*, 2009)⁹ vivía en un mundo cargado de sentido que iluminaba todo punto oscuro con la fuerza teleológica, el hombre de la escritura interroga los límites mismos del sentido”.

Quienes preconizan la muerte del libro desde sus trincheras tecnológicas, olvidan que él no es sólo conocimiento y experiencia humana desde el mero intelecto, sino también desde lo sensorial. Es decir, toca nuestros sentidos hasta hacer de ellos vasos comunicantes de nuestra interioridad. Ergo, de nuestro mundo de relaciones; de nuestra cosmovisión. El libro se hace parte de nosotros: nos asimila, nos nutre y nos interpela por la vía de la razón y de la emociones. De allí su fuerte pegada entre nosotros desde hace ya varios siglos; de allí su huella indeleble como parte sustantiva de la obra humana que mueve los hilos sutiles de lo inasible y de lo etéreo. Si bien el libro como obra de la modernidad connota a su vez *razón ilustrada*, con el quiebre paradigmático acaecido en las últimas décadas continúa dando razón, ya no a verdades inmutables e incontrovertibles como antes, sino también al espíritu de una época empapada en incertidumbre como la nuestra. *La duda de la duda*, la denomina el pensamiento complejo.

El libro hoy se revitaliza, se levanta de sus cenizas modernas para signar nuestros tiempos con las claves de un hombre y de una mujer que nada dan por supuesto; ni siquiera la propia existencia. Si el libro eterniza la palabra al hacerse abstracción, como lo expresé líneas arriba, también la lleva al terreno de lo fáctico, al convertirse en interlocutor de una dialógica que sólo es posible entre quien expresa sus ideas en las páginas y quien las recibe. Autor, libro y lector se erigen así en una tríada perfecta, en un conjunto infinito de posibilidades intelectuales y estéticas, que transitan caminos (muchas veces extraviados) en la conquista de sus propios derroteros.

Cuando vemos con asombro las ferias de libros que se celebran en todo el orbe, y del enorme entusiasmo que preconizan entre los lectores, muchos de los cuales viajan de unos a otros contextos geográficos, a veces sumamente

⁹ Leer... *Op. cit.*)

distantes, para ir a su encuentro, nos damos cuenta del impacto global que suscita ese objeto cultural al que se le ha desahuciado, repito, pero que a pesar de todo aquí permanece, moviendo grandes capitales, porque hoy es toda una industria que apuesta miles de millones de divisas en su producción, distribución y difusión. Hoy, cuando las TICS irrumpen con denodada fuerza entre nosotros, cuando asistimos impávidos a la presencia real de la Inteligencia Artificial en nuestros días, el libro continúa siendo objeto del deseo y de las ansias lectoras, y si bien su formato es diverso, que pasa por el tradicional libro de papel, a las descargas electrónicas en dispositivos, a los libros interactivos, a los audiolibros y a los libros gráficos, es decir, independientemente de que su “presencia” sea física o electrónica, el libro como noción de conjunto luce incólume, porque los que los amamos, y buscamos en ellos divulgación científica y técnica, ciencia-ficción, aventura, diarismo, memorias, cuentos de hadas, autoficción, biografía, historia, historia novelada, antologías, compendios, novela gótica, novela policíaca, romance, novela distópica, novela fantástica, novela realista, novela erótica, noveleta o novela corta, cuento, ensayo, crónica, fábula, poesía clásica y libre, autoayuda, reflexión filosófica, reflexión religiosa, crítica de arte, teatro y misceláneos, entre muchas otras posibilidades, agrupados en los comúnmente denominados campos de la ficción y la no ficción, sabemos, intuimos, olfateamos que su poder se acrecienta con el paso del tiempo, y se proyecta como un verdadero hito global en su ya larga historia.

7. Preparando un cierre

Nos quedan tareas por acometer, entre ellas la defensa de los derechos de los autores, hoy vulnerados en distintos contextos, y que la abrupta emersión de lo electrónico ha potenciado a niveles insospechados. Nunca los autores habíamos sentido que nuestra producción intelectual o creativa estuviera tan en la cuerda floja como en el presente, ya que cualquiera puede bajar nuestros libros por la vía de las redes sociales y de la Internet, sin que por ello pague a la editorial y al autor los respectivos derechos (ergo, el costo del ejemplar),

conculcados de manera atrabiliaria e indecorosa. Y lo que es peor: esa misma accesibilidad del libro en sus diversos formatos no impresos, ha elevado el plagio a escalas superlativas, hasta el extremo de que muchas universidades del orbe se estén planteando serias medidas que minimicen su impacto, como el uso de diversos programas, que si bien pueden detectar elevados porcentajes de plagio de una determinada obra, no pueden detectar ni el alma ni el corazón de las personas, que es en donde anidan las buenas y las malas acciones. Pechar a los plagiadores y sancionarlos no basta: hay que ir a la médula de la problemática, es decir, en donde se cuecen los principios y los valores, hoy lamentablemente olvidados.

Que la celebración del Día Mundial del Libro y del Derecho del Autor, proclamada por la UNESCO en 1995, que conmemora la muerte de William Shakespeare, Miguel de Cervantes y el Inca Garcilaso de la Vega cada 23 de abril, y entre nosotros enmarcada este año en el Centenario del nacimiento del Rector Magnífico Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, quien tanto hizo por el libro y los autores en nuestra Universidad, y en líneas generales por la cultura, todo lo cual repercutió positivamente en la ciudad y en el país, sea ocasión propicia para consolidar el libro como un bien cultural entre nosotros, y recobrar aquello que se quedó a la vera del camino. En lo particular pienso en nuestra Librería Universitaria, perdida por inexplicables razones, cuando en los universitarios y en los merideños tenía esa empresa un mercado cautivo. Cómo olvidar nuestra FILU (Feria Internacional del Libro Universitario), que llegó a erigirse en un punto de referencia nacional, incluso en América Latina, y que era una verdadera fiesta del libro y de la cultura, que perdimos por los avatares de la economía y por la desaparición de las editoriales nacionales, librerías y casas de representación, que tenían presencia activa entre nosotros. Y ni decir de nuestras bibliotecas universitarias tradicionales, que se han visto fuertemente afectadas por las mismas circunstancias, y cuyo fortalecimiento urge para que su enorme patrimonio biblio-hemerográfico vuelva a ser luz en medio de la oscuridad de nuestros tiempos, y que su impronta civilizatoria guíe nuestro camino. Si bien las bibliotecas, como el libro, dieron el salto a la

virtualidad, queda mucho por hacer en este sentido, porque de nada valdrá que los libros y las revistas estén en repositorios institucionales, si los usuarios carecen de los medios para acceder a los mismos, o que las propias instituciones no cuenten con los recursos financieros que les permitan estar al día en materia tecnológica, y puedan salir airoosas de la vertiginosa obsolescencia.

Mientras nos preparamos para llevar adelante las tareas pendientes, que hasta el día de hoy sólo podemos escribir con la tinta roja de los saldos deudores, y en la compañía de nuestro Rafael Cadenas, *Premio Cervantes 2022*, orgullo nacional, podamos decir desde su *ARS poética*, incluida en su *Obra Entera*¹⁰:

*QUE CADA PALABRA lleve lo que dice.
Que sea como el temblor que la sostiene.
Que se mantenga como un latido (p. 157).*

¹⁰ Cadenas, R. (2000). *Obra Entera. Poesía y prosa (1958-1995)*. México D.F (México): Fondo de Cultura Económica.